
Cuauhtémoc *

Laureano Quintero, MD.

Director Científico Hospital Universitario del Valle
Coordinación Académica Fundación Salamandra

Llegó al hospital una tarde, realmente no recuerdo. Sus padres angustiados clamaban por una pronta atención y él, apenas gemía adolorido. Lo que primero llamó la atención fue su nombre: Cuauhtémoc, como el último de los emperadores aztecas, el que combatió contra los españoles y el que puso fin a toda esa línea de gobernantes orgullosos y firmes del México de hace muchos años.

Rápidamente se le llevó a la Unidad. Se cubrió casi todo su cuerpo y empezó el largo camino; la dura lucha que él y nosotros empezábamos para que sobreviviese a su tragedia. Dos días más tarde fue llevado a la sala de operaciones. Las brillantes hojas de bisturí desgarraron su lastimado cuerpo insensibilizado por los mágicos gases de la anestesia.

La sangre corrió desde sus heridas y su regreso a la Unidad fue una luz de esperanza por su futuro. Interconsultas, valoraciones, ruegos de su padre angustiado y de su madre atribulada. Antibióticos, alimentación especial, una y otra venodisección, uno y otro desbridamiento, uno y otro amanecer.

Una tarde cuando fui a ver como seguía escuché que alguien cantaba al lado de su cama. Era su padre quien llorando entonaba una canción de cuna en un idioma desconocido, mientras el niño le miraba con sus hermosos ojos y sonreía ante la melodía. Entonces no

lo examiné. Preferí que el bálsamo del cariño y el arrullo de aquella canción le acompañaran y reemplazara la frialdad de mi estetoscopio sobre sus vendajes o la dureza del tensiómetro sobre su maltratado brazo.

Le llamábamos “emperador”, no sólo por su nombre sino por la firmeza con que luchaba contra el bicho endemoniado que se ensañó con su cuerpo y quiso invadir su sangre y sus heridas. Todos los días muy temprano le veíamos paso a paso mejorar. Sus ojos vivos y hermosos saludaban nuestra presencia y su llanto se hacía sentir cada vez que lo movíamos.

Empezó a comer. La fiebre bajaba y hasta pensábamos ya en las secuelas de sus lesiones y en cómo manejar su futuro. Su padre preguntaba con timidez por los cuidados que debía prestarle en casa cuando pronto le diésemos de alta. Siguió mejorando, su cuerpo se levantaba y su vida se sobreponía al desastre. “En tres días cumple un año de edad”, dijo su padre una de esas noches en que acudió al servicio para llevarnos la droga solicitada. Todos lo festejamos y preparamos algo especial para la fecha. Pero el bicho detestable que nos ha arrebatado tantas vidas, nos reservaba otra bofetada.

En la mañana de su cumpleaños, cuando llegué a examinarlo, su cuerpecito era todo un estremecimiento. Gemía constantemente, sudaba en demasía, su respiración laboriosa y agitada no le dejaba sonreír y sus pesados párpados no dejaron que su mirada me saludara en esa ocasión. Oxígeno, drogas, suero, limpieza, todo se hizo. Su padre lo vio en ese estado y como nosotros, entendió que sobrevenía el final. Se inclinó sobre él, le dio la bendición, besó su frente y salió llorando de la habitación en donde seguíamos luchando sin esperanza. Dos horas después, su corazón, cansado de tanta lucha, se detuvo; su respiración cesó y sus ojos todavía hermosos quedaron tristemente mirando al vacío, hacia la nada, como preguntando ¿Por qué? Toda la unidad se llenó por muchas horas de tribulación, tristeza, cansancio y derrota.

Sí, Cuauhtémoc, como su ancestro azteca, también luchó con fiereza. Pero a pesar de todo y a pesar de todos, también nuestro Cuauhtémoc perdió su última batalla y entregó su vida derrotado. También nuestro Cuauhtémoc fue vencido y se escapó de nuestras manos agotadas.

*Pueden contar que el hecho que narro en el cuento fue real y cada episodio descrito fue real también. El nombre del paciente, el desenlace etc. todos son reales. Sus padres (los del niño protagonista) eran un antropólogo Alemán y una caleña hermosa que se dedicaban a las artesanías en oro y cobre. Tenían un taller en el que trabajaban con ácido. Una mañana de tragedia un descuido fatal determinó que olvidaran cerrar las puertas del taller. Cuauhtémoc el niño, entró envuelto en la ingenuidad de su inocencia y al balancear los soportes de una mesa en la que había frascos de ácido se produjo la caída sobre su cuerpo de un par de frascos cuyo contenido desgarrador se hizo cuerpo en el cuerpo del niño y le ocasionó las serias quemaduras que lo llevaron a nuestro Hospital Universitario. Lo demás ya el cuento de Cuauhtémoc lo recuerda con dolor de literatura triste....